

Sin embargo, esta muerte, como las demás, se atribuyó á que era mortal, que estaba de Dios, á la raya, á que le llegó su hora y á otras mentecaterías semejantes, pues ni está de Dios que el médico sea atronado, ni es decreto absoluto, como dicen los teólogos, que el enfermo muera cuando su naturaleza puede resistir al mal con el auxilio de los remedios oportunos; pero yo entonces ni sabía estas teologías ni me tenía cuenta saberlas. Después he sabido que si le hubiera ministrado á la enferma muchas lavativas emolientes y hubiera cuidado de su dieta y su libre transpiración, acaso ó probablemente no se hubiera muerto; pero entonces no estudiaba nada, observaba menos la naturaleza y sólo tiraba á estirar el peso, el tostón ó la peseta, según caía el penitente.

Así pasé otros pocos meses más (que por todos sería quince ó diez y seis los que estuve en Tula) hasta que acaeció en aquel pueblo, por mal de mis pecados, una peste del diablo, que jamás supe comprender; porque les acometía á los enfermos una fiebre repentina, acompañada de basca y delirio, y en cuatro ó cinco días tronaban.

Yo leía el Tissot, á madama Fouquet, á Gregorio López, al Buchan, el Vanegas y cuantos compendistas tenía á la mano; pero nada me valía, los enfermos morían á millaradas.

Por fin, y para colmo de mis desgracias, según el sistema del doctor Purgante, dí en hacer evacuar á los enfermos el humor pecante, y para esto me valí de los purgantes más feroces, y viendo que con ellos sólo morían los pobres extenuados, quise matarlos con cólicos que llaman *misereres*, ó de una vez envenenados.

Para esto les daba más que regulares dosis de tártaro emético, hasta en cantidad de doce granos, con lo que espiraban los enfermos con terribles ansias.

Por mis pecados, me tocó hacer esta suerte con la señora gobernadora de los indios. Le dí el tártaro, espiró, y á otro día que iba yo á ver cómo se sentía, hallé la casa inundada de indios, indias é inditos, que todos lloraban á la par.

Fuí entrando tan tonto como sinvergüenza. Es de advertir que por obra de Dios iba en mi mula; pues, no en la mía, sino en la del doctor Purgante; pero ello es que apenas me vieron los dolientes cuando, comenzando por un murmullo de voces, se levantó contra mí tan furioso torbellino de gritos, llamándome ladrón y matador, que ya no me la podía acabar, y más cuando el pueblo todo, que allí estaba junto, rompiendo los diques de la moderación y dejándose de lágrimas y vituperios, comenzó á levantar piedras y á disparármelas infinitamente y con gran tino y vocería, diciéndome en su len-



gua:—¡Maldito seas, médico del diablo, que llevas trazas de acabar con todo el pueblo!

Yo entonces apreté los talones á la *macha* y corrí lo mejor que pude, armado de peluca y de golilla, que nunca me faltaban, por hacerme respetable en todas ocasiones.

Los malvados indios no se olvidaron de mi casa, á la que no le valió el sagrado de estar junto á la del cura, pues después de que aporrearón á la cocinera y á mi mozo, tratándolos de solapadores de mis asesinatos, la maltrataron toda, haciendo pedazos mis pocos muebles y tirando mis libros y mis botes por el balcón.

El alboroto del pueblo fué tan grande y temible, que el subdelegado se fué á refugiar á las casas curales, desde donde veía la frasca con el cura en el balcón, y el párroco le decía:—No tenga usted miedo, todo el encono es contra el médico. Si estas honras se hicieran con más frecuencia á todos los charlatanes, no habría tantos matasanos en el mundo.

Este fué el fin glorioso que tuvieron mis aventuras de médico. Corrí como una liebre, y con tanta carrera y el mal pasaje que tuvo la mula, en el pueblo de Tlalnepantla se me cayó muerta á los dos días. Era fuerza que lo mal habido tuviera un fin siniestro.

Finalmente, yo vendí allí la silla y la gualdrapa en lo primero que me dieron; tiré la peluca y la golilla en



Yo entonces apreté los talones á la *macha* y corrí lo mejor que pude



gua:— ¡Maldito seas, médico del diablo, que llevas trayendo de acabar con todo el pueblo!

Yo entonces apreté los talones á la *macha* y corrí lo mejor que pude, arrojando de peluca y de golilla, que fueron mis trajes, por hacerme respetable en todas las

Los malvados indios no se olvidaron de mí nada, la que no le valió el sagrado de estar junto á la del cura, pues después de que aporrearon á la cocinera y á su mozo, tratándolos de solapadores de mis asesinatos, me maltrataron toda, haciendo pedazos mis pocos muebles tirando mis libros y mis botes por el balcón.

El alboroto del pueblo fué tan grande y temible, que el subdelegado se fué á refugiar á las casas curales, desde donde veía la frasca con el cura en el balcón, y el párroco le decía:— No tenga usted miedo, todo el mundo es contra el médico. Si estas honras se hicieran con más frecuencia á todos los charlatanes, no habría tantos matasanos en el mundo.

Este fué el fin glorioso que tuvieron mis aventuras de médico. Corrí como una liebre, y con tanta carrera y el mal pasaje que tuvo la *macha*, en el pueblo de Tlalpanilla se me cayó encima á los dos días. Era fuerza que lo mal habido tuviera un fin nuestro.

Finalmente, yo vendí allí la silla y la guildrapa, que lo primero que me dieron, tiré la peluca y la golilla en



Yo entonces apreté los talones á la *macha* y corrí lo mejor que pude



una zanja para no parecer tan ridículo; y á pie y andando con mi capa al hombro y un palo en la mano, llegué á México, donde me pasó lo que leeréis en el capítulo IV de esta verdadera é imponderable historia.

